

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

ECO, mes. . . . 8 rs.

Trim. stre. . . . 24.

FUERA DE ELLA.

Trimestre. . . . 30.

NÚMEROS SUELTOS

DEL ECO, UN REAL.

EL ECO

DE CARTAGENA.

PRECIOS DE SUSCRICION EN CARTAGENA.

ECO

Y CARTAGENA ILUSTRADA.

Trimestre. . . . 28 rs.

Fuera id. . . . 34.

NÚMEROS SUELTOS

de Cartagena Ilustrada 2 r

Puntos de suscripcion. 24

CARTAGENA

Liberato Montells, Mayor 24.

(SEGUNDA ÉPOCA.)

Madrid y Provincias

corresponsales

de la casa SAAVEDRA.

Miércoles 25 de Febrero.

El Eco de Cartagena.

Damos cabida á continuacion á un magnífico artículo que con el título «La Guerra», acaba de ver la luz pública en el *Diario de Barcelona*.

Se halla escrito con tal galanura y abunda en conceptos tan magníficos, que no dudamos agrada sobre manera á nuestros lectores.

Hoy que este pueblo recuerda con espanto la cruel guerra que lo ha sumido en la miseria y de la que solo ha recibido su ruina, quizá para siempre, no puede menos de leer con agrado las siguientes líneas, que vienen á probar una vez mas, que las luchas y las luchas entre españoles, son las que concluirán de arriar nuestra pobre España.

Hé aquí el artículo á que nos referimos.

LA GUERRA.

Por mas que digan los héroes de todos tiempos, la guerra es una ruina, luto, ignominia, retroceso, barbarie. La guerra es el gran anatema lanzado contra la virtud y la prosperidad: la guerra, es el indicio mas seguro de la pequeñez del hombre, la negacion mas exacta de la libertad humana.

La filosofía ha divinizado la guerra; la lucha mútua de los seres vivos, obedece, segun ella, á la ley general que pesa sobre el universo. La tierra clama y pide sangre; todo cuanto vive debe ser inmolado en su mismo altar. Nacemos matando, matando crecemos, matando morimos. ¡Ah! ¡destino horrible!

Pero contra el apoteosis de la muerte privilegiada de la batalla, contra la exaltacion del fratricidio, contra la gloria del heroismo de la fuerza, están los campos yermos, las lágrimas de los huérfanos, la civilizacion herida, las almas condenadas de vencidos y vencedores.

La humanidad no triunfa con la victoria de la guerra; esos vastos pensamientos que se desenvuelven entre el fragor de las armas; son insensatas utopias; peleando se enerva el cuerpo social; venciendo se engrandece la soberbia; siendo vencidos nace en nosotros la venganza que nos sepulta en el abismo.

La filosofía no teme á la muerte, pero los mortales sí. Las pasiones se alimentan con los despojos de la guerra; la ira es un fuerte baluarte; la conciencia en cambio, un pesado remordimiento.

¿Hasta cuándo, hasta cuándo ha de cernerse sobre los inocentes rebaños de la miseria y del trabajo esa negra nube que cubre de sombras la tierra? ¿Hasta cuándo ha de prevalecer el imperio del terror? ¿Hasta cuándo ha de dominar al mundo el monstruo del infierno? ¿Porqué el hombre mas grande ha de ser el homicida?

Habia una ley social y ha sido hollada por el individualismo; habia una ley moral que todavia se invoca en vano, y las furias del materialismo la despedazan. ¿Qué es de la civilizacion universal en medio de la paz armada y de la guerra sin tregua?

España no descansa en su carrera de perdicion. Es un pais que se levanta el primero y no se rinde sino cuando está muerto. Las olas de sus mares reflejan el rayo del sol poiente; sus campos se divorcian de los brazos que manejan el fusil. Lloran sus hogares las injurias de la metralla. Las tribus errantes de sus hijos caminan al acaso, temiendo el peligro de una asonada; huyen de sus fieros penates impelidas por el viento de la disolucion, y desde lo alto de la colina apartada, miran con horror las espesas llamas que desafían al cielo y el humo que envuelve el misterio de su porvenir. ¡Pobre gente española, errante y sin pan! víctima de la fraternidad del siglo; sumergida en un rio de lágrimas; estreñecida por el estrépito del terremoto de la guerra; arrullada por el estampido seco del cañon.

Decíase que la guerra era con-

quista, que era progreso, ciencia, santidad. En detredor nuestro, mas bien parece sistema de vivir, oficio de vagos y perversos. Todos los partidos son rectos, todas las ideas son sanas, todos nuestros pechos respiran patriotismo, todos los españoles queremos regenerarnos los unos á los otros. Esta es la manzana de la discordia. Con el Evangelio en práctica, habiéramos aprendido á amarnos; con la protesta viva en los labios y en el corazon solo sabemos aborrecernos. Solo sabemos respirar odio aborrecible y tan funesto como el yo que lo ha creado. El yo nos rebaja, el yo nos humilla, el yo nos acaba, es mas, nos envilece.

Esta personalidad famélica y bellidora que nos esclaviza; este afan immoderado de dominio; este error vano y persistente de juzgarnos todos sábios, todos ilustres, todos reyes. Esta pueril flaqueza de querer avasallarnos con diversos nombres, con diversas formas políticas, con diversas escuelas, con diversos dogmas, ó como si dijéramos con diversos látigos. Esta mania épica de subir arrastrando; clavando el diente en la mano que nos aupa, tirando de los piés al que se elevó antes y escupiendo arriba sin pensar que luego ha de caernos la saliva en el rostro. Este alarde de modestia, de pureza y de rectitud cuando se obedece y de cinismo despótico cuando se manda. Este vértigo de poder con solo querer. Esta locura ó juego de veleidades trascendentales y de tonterias magnas. Esta infancia de la educacion social é intelectual. Esta carencia de sindéresis en los hombres de alto juicio. Esta envidia que nos convierte en autómatas. Esta locuacidad que nos erige en apóstoles del absurdo. Este amor propio que nos roba hasta el afecto que debemos á nuestros hijos. Móviles son de guerra, de la guerra á muerte que á nosotros mismos nos hemos declarado. Y triste es decirlo, pocos de los que en ella gastamos pólvora la hemos inventado; ni siquiera sabemos á ciencia cierta si procede de los fenificios ó de los alemanes.

La historia moderna escribe con letras de fuego la fama de los que consagraron su génio á la destruccion universal y mientras la filosofía dispara contra el alma, por medio de los sistemas Kant, Fichte, Schelling y Hegel, la mecánica acaba con los cuerpos, retumbando en los ámbitos de la tierra los nombres de los patriarcas del duelo humano, Krupp, Armstrong, Blakeley, Paixhans, Withworth, Parrot, Cattling y Blumenshtill, padres del cañon; Fieschi, de aquella célebre máquina, Orsini de aquellas inocentes bombas; Glaston perfeccionador de las ametralladoras, Rutter inventor de la batería flotante de coraza, y de su séquito de apóstoles y filántropos á los cuales se debe el gran símbolo del fusil, Dreyse, Chassepot, Remington, Berdan, Galand, Potlvche, Albini, Peabody, Nesler, Robert, Manceaux, Siveder, Chaerin, Lenoir, Needman y otras de estas mayúsculas glorias contemporáneas.

Al remoto y oscuro siglo IX representa el libro; resumen de la ciencia, de las bellas artes, de la poesía, de la retórica, de la pintura y cinceladura, de la platería y de las piedras preciosas: al siglo del progreso denuncian las bombas de acero, la granada oblonga, las balas cónicas, el sable revolver, los torpedos, la artillería de vapor y el nuevo fuego griego, esterminador del cerebro viejo y de la idea caduca: con él se envuelve en llamas, en cinco minutos, á un ejército de cien mil hombres; las fortalezas arden y las montañas se desmoronan; con él todo perece en un instante. ¡Qué hermoso símbolo!

En Lausana hubo un Congreso de la paz, para asentarla en una guerra grande y definitiva; es decir, para crear la paz del sepulcro. La liga internacional gritó: «¡No más homicidio!» Se soñó en un arbitraje de las naciones que acabara con un ósculo fraternal, y las naciones contestaron á los pacificadores teóricos, con un inmenso torbellino de soldados y con un mar de oro y de plomo derrétilo en las guerras. Millones de víctimas fueron inmoladas por la pasión y la codicia: el imperio de la fuerza aca-